

El silencio elocuente de la Creación: fundamentos de una Espiritualidad Ecológica Cristiana

Mg. Jorge Carrero

Unidad Eudista de Espiritualidad

La crisis ecológica, más que un problema meramente técnico o ambiental, se ha revelado como una profunda crisis antropológica y espiritual (Francisco, 2015, n. 139). El daño provocado a nuestra "hermana madre tierra" es, en esencia, un síntoma de una violencia más honda, anidada en el corazón humano, herido por el pecado, cuya manifestación exterior se observa en el suelo, el agua y el aire (Francisco, 2015, n. 2). Ante este escenario de deterioro, la fe cristiana ofrece un marco de comprensión y respuesta que integra el cuidado de la creación con el cuidado del alma, proponiendo una conversión ecológica que redefine la relación humana con el cosmos.

El presente artículo desarrolla una reflexión teológica y espiritual sobre la relación intrínseca entre la fe y la ecología, a partir de la convergencia de la tradición bíblica (Salmo 19) y la espiritualidad de San Juan Eudes.

Se postula que la naturaleza no es un objeto de dominio, sino un "lenguaje silencioso" que comunica el amor divino, invitando a la contemplación y la gratitud. La reflexión se articula en tres puntos clave: *La creación como manifestación silenciosa del amor de Dios*, *La contemplación como escuela de escucha ecológica*, y *El amor creador como fundamento de una ética de la responsabilidad*.

La Creación: lenguaje silencioso del amor divino

La teología cristiana concibe la creación no como un producto accidental, sino como el resultado de un acto deliberado y amoroso de

Dios, cuyo propósito es comunicarse constantemente con la humanidad. Esta comunicación se produce a través de un "lenguaje silencioso", una manifestación elocuente de la gloria divina que prescinde de la palabra audible. El salmista lo expresa poéticamente y con una profunda carga teológica: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento" (Salmo 19,2). Lo extraordinario de esta proclamación es su carácter incesante e inaudible, puesto que, la creación habla "sin palabras", su lenguaje es el silencio elocuente que comunica, a todo tiempo y lugar, la presencia y la gloria inmensa del Creador (Trujillo Utrera, 2020, p. 28).

Este testimonio universal y perpetuo convierte al cosmos en un constante sacramento de comunión, en donde el mundo creado, con su belleza, complejidad y orden, revela lo invisible de Dios (Francisco, 2015, n. 85). En esta visión, la naturaleza entera se ordena de forma "armónica y amorosa, tal y como Dios proyectó su amor misericordioso" (Trujillo Utrera, 2020, p. 27).

En una profunda convergencia, la espiritualidad de San Juan Eudes profundiza esta visión al anclar la existencia del universo en el acto primordial de amor de Dios hacia el ser humano. En sus Coloquios interiores, el santo contempla que Dios, desde la eternidad, puso sus divinos ojos sobre la persona, y dispuso toda la arquitectura del universo con el fin de manifestar su bondad y comunicar su amor (Eudes, 1906, II-135). Esta visión personalista eudesiana subraya que la creación está intrínsecamente ligada al destino del creyente, haciendo del cosmos

el contexto de su “experiencia fundante con Dios” (Hernández Acevedo, 2018, p. 250). Ambos textos convergen en una teología de la palabra sin voz, donde la naturaleza entera se convierte en un lenguaje inaudible, pero universal, del amor de Dios.

El reconocimiento de que el mundo es un “lenguaje silencioso” tiene implicaciones radicales para la ética ecológica. Si la creación es la gloria de Dios y la prueba de su amor, su valor es intrínseco y sagrado, y no meramente instrumental (Hernández Acevedo, 2018, p. 255). El pecado ecológico, por el contrario, surge cuando los seres humanos olvidan este lenguaje, se erigen en “propietarios y dominadores, autorizados a explotarla” (Francisco, 2015, n. 2) y rompen de esta manera la armonía original.

La espiritualidad bíblica invita a redescubrir la creación no como un almacén de recursos, sino como un lenguaje de comunión que exige reverencia y cuidado. Por ello cuando el orante entra en el espíritu del Salmo 19 se puede dar cuenta de que el lenguaje de Dios es más sonoro que cualquier otro lenguaje, aun cuando se ejecuta en silencio, puesto que, sus palabras se expresan en la creación misma, que es un acontecimiento. Escuchar ese silencio es aprender a contemplar, es decir, a mirar con los ojos de Dios y con una profunda humildad, en lugar de dominar lo que ha sido creado.

El silencio y la contemplación, una escuela ecológica

Si la creación habla sin voz, la capacidad humana para percibir este mensaje requiere una profunda conversión interior que solo se gesta en el silencio. El Salmo 19 dice que la creación no tiene voz, ni se oye su palabra, pero su mensaje recorre toda la Tierra. De esta manera, el gran desafío para el creyente se encuentra en reconocer que el mensaje que

transmite la creación es universal, pero la capacidad de escucharlo es particular y depende de la disposición del alma humana.

La contaminación más grave que padece el mundo contemporáneo no es solo la contaminación material, sino la contaminación del ruido, la distracción y la prisa (Francisco, 2015, n. 225) que impiden la quietud necesaria. Esta contaminación interior y ambiental ha invadido también el ámbito espiritual, pues el exceso de estímulos, la hiperconectividad y la cultura de la inmediatez dificultan el encuentro profundo con uno mismo, con los demás y con Dios.

Vivimos inmersos en un constante flujo de información que nos empuja a la superficialidad, a responder sin pensar y a vivir sin contemplar. En este contexto, el silencio y la lentitud se vuelven actos contraculturales que rescatan la dimensión más humana del ser, que es la capacidad de escuchar, de discernir y de reconocer la presencia de Dios en lo cotidiano. Por tanto, recuperar espacios de quietud y silencio no es un lujo, sino una urgencia espiritual para sanar el corazón y redescubrir la armonía con la creación y con el Creador.

La espiritualidad bíblica que presenta el Salmo 19 y la espiritualidad ecológica invitan al creyente de hoy a buscar a Dios en la interioridad, donde Él “habla sin ruido” y descubrirlo hablando en la creación, su mejor lenguaje. Esta búsqueda del silencio interior es la disciplina espiritual que busca liberar al espíritu de las ataduras de la vanidad, la distracción y, sobre todo, de la lógica del tener y del producir. Este silencio contemplativo es, en sí mismo, un camino de conversión ecológica. Solo el corazón que ha aprendido a callar es capaz de trascender el paradigma tecnocrático, escapar de la prisa y la avidez, y escuchar el clamor de la tierra y de los pobres, que es un clamor simultáneo (Francisco, 2015, n. 49).

Tal como lo ha mencionado el Papa Francisco, no hay que perder de vista que la crisis eco-

lógica es la manifestación de un desequilibrio interno (Francisco, 2015, n. 11), un corazón humano herido por el pecado que se proyecta en el mundo exterior. El ruido de la vida moderna es un síntoma de este desequilibrio, pues impide la necesaria armonía serena que se requiere para una relación equilibrada con el ambiente. La contemplación, nacida del silencio, es el antídoto contra el paradigma tecnocrático que promueve el consumo desenfrenado (Francisco, 2015, n. 106).

Al detenerse para mirar el don, el ser humano abandona la actitud de “dueño” y asume la de “administrador fiel” (Hernández Acevedo, 2018, p. 256). Cuando el ser humano aprende a detenerse y contemplar la realidad como un don, despierta en él una nueva forma de relación con el mundo, y se descubre ya no como un dominador que explota, sino como un contemplativo que cuida. Esta mirada agradecida transforma la manera de habitar la tierra, porque reconoce en cada elemento de la creación una huella del amor de Dios.

Ser administrador fiel de lo creado implica responsabilidad, reverencia y compromiso con la vida en todas sus formas. Supone comprender que la creación no nos pertenece, sino que nos ha sido confiada para preservarla y hacerla fructificar para las generaciones futuras. Así, la contemplación se convierte en el punto de partida de una verdadera conversión ecológica, que une la fe con la justicia y la espiritualidad con el cuidado del planeta.

También, la espiritualidad del silencio nos enseña que cuidar la creación empieza por aprender a mirar y escuchar desde el corazón reconciliado. Cuando la persona se reconcilia con Dios en su interior, se sana la relación con los demás y con el entorno. La contemplación es un acto de justicia hacia la creación, pues restituye a cada criatura su dignidad intrínseca de ser una “gloria de Dios”. El dominio encomendado al ser humano no debe interpretarse como explotación, sino como una misión

de cuidado, protección y defensa (Hernández Acevedo, 2018, p. 252).

El verdadero significado de la ecología integral se encuentra en la capacidad de mirar el mundo con la misma ternura y respeto con que Jesús miraba los lirios del campo y los pájaros (Francisco, 2023, n. 1). Entonces desde esta mirada evangélica, se nos invita a contemplar la creación con el corazón de Cristo, que veía en cada criatura un reflejo del amor del Padre.

Mirar el mundo con ternura y respeto es reconocer que toda forma de vida tiene un valor propio y que está unida a nosotros en una misma trama de amor y de propósito. Esta visión supera la lógica utilitarista y nos conduce a una relación más fraterna con la naturaleza, donde el cuidado se convierte en expresión concreta de la fe. En la mirada de Jesús, llena de compasión y asombro, aprendemos que la ecología no es solo una cuestión ambiental, sino un camino espiritual que nos llama a restaurar la armonía rota entre Dios, la humanidad y la creación.

El Amor Creador: fundamento de una Espiritualidad Ecológica

La creación, entendida como un lenguaje de amor y un espacio de contemplación, establece el marco para una ética y una espiritualidad ecológicas que tienen como fundamento la gratitud y la responsabilidad por el don recibido.

El salmista reconoce que todo cuanto existe procede del amor y está llamado a retornar al amor. El Salmo 19, después de exaltar la creación, pasa a alabar la Ley de Dios, con la que se identifica el orden cósmico y moral: “Los juicios del Señor son justos, más dulces que la miel” (Sal 19,10). Desde una espiritualidad ecológica, el ser humano debe sentirse asombrado y superado por la inmensidad del don de Dios en su vida. Es lo que Juan Eudes expresa en los Coloquios Interiores: “Dios mío, ¿qué voy a darte por tantos efectos de tu bondad conmigo?” (Eudes, 1906, II-138). Esta pregunta retórica es la base

de la ética de la reciprocidad con Dios. Así, el ser humano descubre que la única respuesta posible al amor divino es el don de sí mismo. La gratitud se convierte entonces en una forma de vida que une la fe, el servicio y el cuidado responsable de la creación.

El amor creador de Dios invalida la visión utilitarista del mundo. La creación no es un objeto de consumo o explotación, sino un espacio de comunión (Francisco, 2015, n. 91). Al intentar quitar de la creación de la referencia necesaria al Creador, la humanidad cae en un impactante ejemplo de pecado estructural que se traduce en el deterioro ambiental (Hernández Acevedo, 2018, p. 260).

Dese lo planteado anteriormente, se entiende que la vocación del ser humano no es la de un explotador, sino la de un intérprete agradecido del amor de Dios (Trujillo Utrera, 2020, p. 32). Esto implica asumir el papel de instrumento de Dios para desarrollar las potencialidades que Él mismo colocó en las cosas, ejerciendo la inteligencia y la libertad con respeto y humildad.

La gratitud, en la espiritualidad cristiana, se convierte en el motor de la acción. Cuando el creyente se siente amado de manera incondicional, su respuesta natural es la generosidad y el cuidado. De este modo, la ecología se convierte en un ejercicio de caridad hacia el prójimo, especialmente hacia los pobres que son los más afectados por el cambio climático (Francisco, 2023, n. 2), y hacia las generaciones futuras.

La espiritualidad ecológica, fundamentada en el amor creador, se articula en tres movimientos esenciales, que constituyen la síntesis ecológica de esta perspectiva:

- La Contemplación: Mirar el mundo con admiración y reverencia, reconociendo que el universo entero se ordena “de forma armoniosa y amorosa”.

- La Gratitud: Pasar “del consumo al sacrificio, de la avaricia a la generosidad”, como respuesta al don inmerecido de la vida.

- La Responsabilidad: Asumir el rol de guardianes de la Tierra, ejerciendo el dominio en términos de protección, con conciencia de que el cuidado del ambiente es inseparable del cuidado del prójimo (Francisco, 2015, n. 92).

Conclusiones

La reflexión teológica y espiritual desarrollada subraya que la crisis ecológica contemporánea es, fundamentalmente, una profunda crisis espiritual y antropológica. En este sentido, la fe cristiana, al integrar la convergencia del Salmo 19 y la espiritualidad de San Juan Eudes, ofrece un camino de restauración y respuesta.

Se establece firmemente que la creación es el “lenguaje silencioso” y constante del amor divino, una manifestación inaudible pero universal de la gloria de Dios. Reconocer este carácter intrínseco y sagrado del cosmos como un “sacramento de comunión” implica pasar de una visión utilitarista y de dominio a una de profunda reverencia y gratitud.

La tarea primordial del creyente, entonces, no es explotar, sino convertirse en un intérprete agradecido y fiel custodio del don recibido, entendiendo que el valor de la naturaleza es intrínseco y no meramente instrumental.

Para que el ser humano pueda sintonizar con este “lenguaje silencioso” de la creación, es imperativa una conversión ecológica que comience en el fuero interno. La contaminación del ruido y la prisa de la vida moderna se revelan como los principales obstáculos para la escucha contemplativa. Por ello, el silencio interior se postula como la disciplina espiritual fundamental y el antídoto contra el paradigma tecnocrático y el consumo desenfrenado. Solo un corazón en quietud es capaz de trascender

la lógica del tener y del producir para escuchar simultáneamente el clamor de la Tierra y el clamor de los pobres. La contemplación, al transformar la actitud humana de “dueño” a “administrador fiel”, se convierte en un acto de justicia hacia la creación, restituyendo a cada criatura su dignidad intrínseca de ser una “gloria de Dios” y permitiendo mirar el mundo con la ternura y el respeto que caracterizan la mirada evangélica.

En última instancia, la espiritualidad ecológica cristiana se fundamenta en el Amor Creador de Dios y se articula en una ética de la gratitud y la responsabilidad. La única respuesta a este amor incondicional es el don de sí mismo, que se traduce en un cuidado responsable. Esta perspectiva culmina en una síntesis ecológica práctica que moviliza a la acción: la contemplación del orden armonioso de la creación, la gratitud que impulsa a la generosidad sobre la avaricia, y la responsabilidad de asumir el rol de guardianes.

El cuidado del ambiente se vuelve inseparable del cuidado del prójimo, especialmente de los más vulnerables. La verdadera conversión cultural y espiritual nos exige recuperar la capacidad de asombro y de humildad, con la certeza de que el mundo, en su elocuente silencio, sigue esperando que la humanidad restaure la armonía original entre Dios, el ser humano y el resto de la creación.

Referencias Bibliográficas

- Eudes, J. (1906). Coloquios Interiores del alma cristiana con su Dios. Obras Completas del Venerable San Juan Eudes. Tomo II. Editorial Gabriel Beauchesne et Cie.
- Francisco. (2015). Carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común. Libreria Editrice Vaticana.
- Francisco. (2023). Exhortación apostólica *Laudate Deum* a todas las personas de buena voluntad sobre la crisis climática. Libreria Editrice Vaticana.
- Hernández Acevedo, Á. (2018). Una ecología cristiana en un mundo insostenible. *Franciscanum*, 60(170), 243-272.
- Trujillo Utrera, D. M. (2020). Fundamentación teológica para una ecología cristiana: Una propuesta para la educación. *Horizontes Pedagógicos*, 22(1), 25-38.



Tomado de: <https://depositphotos.com/es/similar-images/11221625.html?view=231054002>